


## 9 DE ENERO DE 1775

os colores empiezan a reaparecer muy lentamente en el campo con el alba. Todavía es mayor la oscuridad que la claridad sonrosada que anuncia el renacimiento de un sol tímido, que se asoma envuelto por un cúmulo de nubes. Una claridad que va creciendo a espaldas de los trece hombres que saltan la estacada del fuerte del Rosario, encabezados por el cabo Alonso Martín. Avanzan sigilosamente, encorvados, vestidos con chupa, calzas, alpargatas y gorro de paño burdo. Unos van armados con fusiles y bayonetas, otros con pistolas y hachas, la mayoría con puñales sujetos al cinto, todos con las granaderas repletas.

Los cañones de una fragata de la Real Armada española comienzan a disparar contra las baterías marroquíes de la Puntilla. Es un fuego intermitente, no muy rápido, que, según lo planeado, debe servir no obstante para distraer la atención del enemigo.

Justo detrás de Alonso, van el catalán José Puyol y el gitano Manuel Heredia. Los otros diez están divididos en dos flancos, separados como cinco pasos uno de otro. Se detienen todos a un gesto del cabo, que se agacha, escondiéndose detrás de un suave montículo. Los demás le imitan, cuerpo en tierra. Le miran con atención, expectantes, aguantando incluso la respiración. Detrás de ellos el sol sigue sobresaliendo con vergüenza por el horizonte, medio oculto por las nubes, que filtran sus rayos tiñendo el cielo de reflejos. Aún es más de noche que de día. Alonso se incorpora ligeramente y hace un gesto para que los demás queden tendidos; sin embargo, él continúa avanzando, despacio, casi a gatas. Así, termina de recorrer las 40 toesas<sup>1</sup> que separan el fuerte del Rosario de la mina más avanzada del enemigo. Heredia y Puyol le siguen con la mirada y descubren que se está acercando a un centinela marroquí. Éste está de pie pero fatalmente distraído, mirando hacia la costa, donde la fragata continúa haciendo fuego con sus cañones. Alonso salta sobre él por su espalda y, al mismo tiempo que le tapa la boca con una mano, le degolla con la otra. Ni un quejido, ni un solo ruido.

A otro gesto del cabo, la docena de desterrados reemprenden la marcha silenciosa. Al llegar junto a su jefe, ven el cuerpo sin vida del centinela enemigo, que ha quedado boca arriba. Es un joven de apenas diecisiete o dieciocho años de edad. Tiene los ojos muy abiertos y todavía llenos de asombro. También tiene abierta una segunda boca en mitad del cuello.

Alonso se lleva el índice a la boca, en señal de silencio, al tiempo que sus doce compañeros le rodean. Indica la claraboya que hay a pocos pasos de ellos, abierta en el suelo. Después señala a cuatro hombres, que asienten. Recuerdan muy bien las instrucciones que se les ha repetido hace un rato por última vez. Menos los señalados, los demás siguen a continuación hacia el oeste, lentamente, procurando hacer el menor ruido posible con sus pisadas. Saben que debajo de ellos está el enemigo. A unas diez toesas, encuentran otro respiradero, esta vez sin vigilancia. Allí se quedan otros tres desterrados, a la espera de la señal. Lo mismo ocurre en el siguiente respiradero, que está a tan sólo seis toesas, aunque por debajo la galería debe de ir en zigzag y por tanto tiene que haber más distancia entre las claraboyas. Tampoco está vigilado y allí se quedan otros tres españoles. Continúan entonces caminando el cabo y sus dos amigos, Puyol y Heredia, hasta el siguiente respiradero, igualmente libre de guardia. Se ponen de cuclillas alrededor del agujero, al tiempo que Alonso mira hacia Poniente. La trinchera marroquí debe de estar muy cerca, calcula; así que dispondrán de poco tiempo para huir. Pero entonces los cañones de la fragata cambian de objetivo y empiezan a bombardear la trinchera, que efectivamente está sólo a unas quince toesas<sup>2</sup> de ellos. Cada uno toma en su mano una granada de nueve pulgadas y, ya sin importarle que le oiga el enemigo, dice Alonso a sus amigos:

—Si esto sale bien, seguidme.

Acto seguido arroja ambas granadas por el respiradero y se aleja un par de pasos, al igual que Heredia y Puyol.

En cuanto resuenan los dos estallidos, el catalán se acerca al agujero para dejar caer sus dos granadas. Otras detonaciones se oyen entonces en cadena, procedentes de las claraboyas donde los otros desterrados han empezado a hacer lo mismo, tras escuchar la primera explosión, mucho más próxima y sorda que las ocasionadas por la artillería naval. Vuelve a temblar ligeramente el suelo a los

---

<sup>2</sup> 30 metros, aproximadamente.

pies del cabo y sus amigos. Ahora es Heredia quien cuele sus granadas por un respiradero, casi obstruido ya por el polvo y la tierra.

—¡Aparta! —grita Alonso, cogiendo de un brazo al gitano y tirando de él.

Los tres caen al suelo en el justo momento en que la claraboya se abre como una boca gigante, engullendo el suelo y amenazando con tragárselos. Confiados por la cercanía de la trinchera, los minadores marroquíes habían excavado la galería con poca profundidad y las sucesivas explosiones de las granadas han hundido el techo alrededor del respiradero. Se oyen gemidos de angustia y dolor bajo la tierra derrumbada. También gritos de desesperación surgen entre los escombros de quienes se han quedado atrapados en la mina. Tanto Heredia como Puyol se disponen a arrojar sobre el socavón nuevas granadas, pero Alonso se lo impide:

—Guardarlas, no merece la pena desaprovecharlas aquí. Seguidme.

—¿Adónde vas? Ya hemos cumplido con nuestra misión. Regresemos —replica Puyol.

—¿No veis que están tan aturridos que ni siquiera aciertan a dispararnos desde el ataque?

—Ha sido porque los cañones de la fragata lo han estado barriendo —repone Heredia.

—Pero ya han cesado. Ahora vuelven a disparar contra los morteros. Vamos, aprovechemos la ocasión y las municiones.

Sin esperar conformidad, Alonso emprende la carrera hacia la cercana trinchera, disparando su pistola. Puyol y Heredia se miran confusos, indecisos, hasta que por fin y al alimón deciden seguir a su amigo, disparando con sus fusiles y gritando más de asombro por la temeridad que estaban acometiendo, que por rabia o para asustar al enemigo. Y también los otros diez desterrados, después de superar unos momentos de sorpresa e incertidumbre, corren en tres grupos detrás de sus compañeros, animados por tan inesperada y alocada hazaña, al tiempo que les imitan con chillidos, esta vez sí, corajudos.

Temiendo perecer sofocados por el humo, los soldados marroquíes que estaban en el tramo inicial de la mina salen de ésta corriendo hacia la trinchera, donde se encuentran con que los doscientos compañeros que hay allí, están tan aterrorizados como ellos por culpa del bombardeo de la fragata y el repentino ataque por oleadas de lo que creen es la infantería completa del ejército español. El sol ha empezado a desembarazarse de las nubes que lo cubrían y les envía sus rayos de frente, impidiéndoles ver con claridad cuántos soldados enemigos

corren hacia la trinchera. Pero oyen sus gritos, así como sus disparos, y deducen que, si se atreven a venir campo a través es porque deben de ser muchos y bien armados. De manera que no tardan en huir, en salir de la trinchera para correr en dirección al campamento de la Puntilla. Primero lo hacen unos pocos, pero enseguida es una desbandada general.

Animados por la huida de los marroquíes, Alonso y sus compañeros se dedican a incendiar la trinchera, prendiendo fuego a las fajinas y cuantos objetos encuentran susceptibles de quemar. Ciegan las entradas de las minas con sus granadas y gritan eufóricos al saberse vencedores, al reconocerse héroes. Pero no tarda mucho el enemigo en darse cuenta de su error, de que no es una salida general de la guarnición española, sino un ataque perpetrado por una docena de soldados. Así que, rabiosos y arengados por sus oficiales, vuelven los marroquíes para retomar su trinchera.

—¡Retirada! —ordena Alonso a voz en grito, cuando se percata del avance enemigo— ¡Desperdigaos y regresad a los fuertes!

Los trece españoles emprenden la huida a toda prisa, corriendo por el mismo campo minado que acaban de reventar y dejando atrás la trinchera enemiga en llamas.

Las guarniciones españolas de los fuertes del Rosario, Victoria Grande y San Antonio cubrieron la retirada de sus trece compañeros disparando a discreción contra los marroquíes que les perseguían.

El capitán Francisco de Miranda observó el regreso de los confinados a través de una aspillera apaisada, vivamente impresionado por la heroicidad que habían realizado. A partir de aquella noche, en su diario y correspondencia, escribiría frases de admiración dirigidas hacia los desterrados que tomaban las armas para llevar a cabo los servicios más peligrosos durante el sitio, siempre en posiciones de vanguardia, ennobleciéndose con actos tan heroicos como el que había tenido ocasión de presenciar esa mañana.

Regresaron los trece hombres extenuados pero sanos y contentos. Unos pocos llegaron al fuerte del Rosario, la mayoría al de Victoria Grande. Todos fueron recibidos con vítores y felicitaciones. En verdad se habían convertido en héroes.

El corazón se te había encabritado, a pesar de tu natural flema, mucho más pronunciada con el paso de los años. Seguiste las peripecias de aquel grupo de

desterrados con tu anteojo, aunque no viste más que su regreso, dejando tras de sí un rastro muy visible de confusión y fuego entre los enemigos. Tardaste todavía unos minutos en conocer que habían regresado todos, pero en ese momento ya estabas seguro del éxito de la operación. La fragata había dejado de hacer fuego con sus cañones y estaba alejándose de la costa, después de cumplir perfectamente con la misión que le encargaste a su capitán.

—Mirad, el grueso del ejército enemigo está marchando hacia la Puntilla —avisó el teniente coronel López Curiel, que se hallaba junto a ti y al gobernador, en lo alto del baluarte de la Concepción.

No te hizo falta el anteojo de largo alcance para confirmar el aviso del sargento mayor de la plaza. En efecto, la infantería y caballería del ejército marroquí se dirigían hacia Poniente.

—Probablemente han creído que se trataba de un ataque general nuestro y los envían para reforzar aquel frente —dedujo el gobernador.

Las baterías situadas a vuestros pies, en la Muralla Real, empezaron a tronar, lanzando sus bombas contra el ejército enemigo que, en bloque, se dirigía hacia el oeste. De inmediato respondieron los morteros marroquíes situados en la playa y a la orilla del río.

—Con tanta precipitación, están dejando indefensas las baterías de Levante —dijiste, mirando hacia la playa y el río, antes de ordenar—: Que se preparen para salir tres compañías de granaderos y que toda nuestra artillería apunte hacia allá, para cubrir su avance. Pero que no salgan hasta que confirme la orden. Debemos esperar a que el grueso del ejército enemigo se aleje de esa zona un poco más. Entonces será el momento de atacar, para clavar<sup>3</sup> sus cañones.

El sargento mayor bajó de prisa de la torre para repetir tus órdenes a los oficiales de artillería e infantería. Poco después, todos los cañones de la mitad oriental de la plaza, dispararon sus balas contra las baterías marroquíes de la playa y del río. Quizá fue aquel un error tuyo, que hizo recapacitar al enemigo, darse cuenta de que toda esa concentración de fuego artillero presagiaba una salida de tropas españolas; o quizá fue una simple coincidencia y algún general marroquí ya se había percatado del error que estaban cometiendo. La cuestión es que rectificaron y una buena parte del ejército enemigo retrocedió para no abandonar imprudentemente a sus baterías de Levante.

—Se han dado cuenta a tiempo —dijo el gobernador, en cuanto vio la maniobra marroquí.

—Sí —reconociste— Habrá que esperar un mejor momento.

Como si aquel descuido hubiese encolerizado aún más a los generales enemigos —en realidad fue una orden directa del sultán—, unos pocos minutos después todas las baterías marroquíes lanzaron el más vivo fuego que hasta entonces habían disparado contra Melilla. Sus bombas alcanzaron distancias mayores que las conseguidas en días anteriores —debido probablemente a una perfección en su carga, según pensaste—, por lo que cayeron en lugares que se creían seguros hasta ese día y derribaron casas situadas en la muralla norte. Aquella noche, estando ya en el cuartel de la Maestranza, el gobernador te informó de que se había encontrado una bomba enemiga, cuyo peso rozaba las diez arrobas, que no había reventado al caer.

—La hemos inutilizado, pero nos tememos que haya alguna más en esas condiciones.

—Que examinen aquellos lugares donde se sospeche que haya podido caer alguna sin reventar y que la inutilicen, antes de que produzca mayor daño.